



(16) pie de foto

LOGROÑO COMO PUERTO DE MAR

Memoria del Ibiza, un icono logroñés

TEXTO: Jorge Alacid López





A mediados de los años 80, un grupo de inquietos jóvenes de la escena cultural logroñesa, nucleados en torno a la proteica figura del polifacético Jesús R. Rocandio, levantó una exposición cuya sombra tulerar todavía se proyecta sobre sus actuales andanzas: se tituló *Logroño imaginario* y, en esencia, se resumía en proponer una serie de imágenes donde la ciudad que les alojaba encarnaba un ideal urbano, mestizo y escolástico simultáneamente. Una quimera donde los sueños se hacían realidad y las fantasías se materializaban según la norma canónica de las grandes concentraciones humanas del orbe occidental. Aquel Logroño contaba con línea de metro, por supuesto. Desde luego, King Kong no se olvidó de visitar sus calles (y amenazar a los logroñeses desde la cúpula de su improbable skyline) y un puñado de iconos de la cultura popular del siglo XX (de Tarzán a los Beatles, pasando por Rita Hayworth) se dejaba retratar en las esquinas de la ciudad: eran sketches alucinados, flashes ideales, pero eran Logroño. Lo demostraba el lugar elegido para instalar un utópico paseo marítimo del que seguimos careciendo: la terraza del Ibiza.

Para quedar con cualquiera, fuera indígena o visitante de paso, había que quedar en el Ibiza

LOGROÑO COMO PUERTO DE MAR

Logroño como puerto de mar. Ciencia ficción doméstica. Justicia poética. Puesto que la ciudad exhibe siempre que puede, para pasmo de neófitos y viajeros, su vieja playa (playa, sí, aunque fluvial) junto al Ebro, guardaba cierta lógica que el atraque de barcos, maniobras de grúas y estibadores y botadura de naves se trasladara un poco más al sur, a orillas del Espolón, donde el tráfico portuario encontraba anchuroso espacio y disponía incluso de faro. Faro ciudadano: una inveterada costumbre popular reservaba a esos metros cuadrados acotados en el corazón de Logroño su particular salón de la fama, puesto que para quedar con cualquiera, fuera indígena o visitante de paso, había que quedar en el Ibiza. El Ibiza, nuestro auténtico Gobierno Civil (el de mentirijillas, por

cierto, se situaba pared con pared). De donde se deduce que la fama que introduce a un bar en las regiones del mito tiene que ver con su capacidad para emboscarse en el alma de la ciudad que lo alberga más que en sus méritos estrictamente hosteleros.



Fotografía: Cámara Oscura

Aitor Blanes

1970



Fotografía: Justo Rodríguez

El Ibiza se convirtió, por lo tanto, en plato fundamental para los ideólogos de aquel *Logroño imaginario* porque gozaba de las condiciones exigidas para convertirse en leyenda: su asociación natural con una parte del subconsciente (colectivo, en el caso del Ibiza: el subconsciente de una ciudad entera) y su alto valor simbólico. Bar de bares, en el Ibiza cristalizó la amplia panoplia de locales de que ya disponía la ciudad, sobre todo los de su tipología: esa clase de bar a la americana que en España adoptó también el formato de los cafés de toda la vida. Ahí tenemos la primera clave de su éxito: su estatus de navaja suiza. El Ibiza estaba disponible para las incursiones de su clientela a cualquiera hora del día. Mudaba su piel con la flexibilidad propia de algunos reptiles para dispensar el cafecito mañanero, la

merienda de media tarde, el vino seminoturno, siempre desdoblado en dos: su acogedor interior, vertebrado a lo largo de una barra infinita, y su solemne terraza, paso de paloma idóneo para ver y ser visto.

El otro aliciente que entronizó al Ibiza entre los logroñeses tenía que ver con su emplazamiento, una cuenta más en el interminable rosario de bares que festoneaban el Muro de la Mata y regalaban aquellas deliciosas escenas *campes* que nos recuerdan nuestros mayores, con sus camareros, bandeja en ristre, atendiendo los veladores situados en el Paseo del Espolón mientras driblaban con desparpajo y cintura a los turismos que cruzaban la ciudad hacia Poniente. Ombligo de Logroño como era, el Ibiza gozaba de otra baza ganadora:



Fotografía: Diario LA RIOJA

frente a su puerta paraba el servicio de taxis, en la época en que semejante servicio ejercía de atalaya urbana, como si sus integrantes fueran nuestros particulares correos del Zar. Así que la coalición entre ambos argumentos (un bar triunfante, un haz de conductores pelando la pava a su entrada) proporcionó a nuestro bar el naipe que faltaba para consumir su jugada maestra: de repente, el Ibiza, ay, ya no era un bar. O no era solo un bar. Era algo más que un bar. Era leyenda.

Tan legendario fue el Ibiza que durante un tiempo se le permitió disponer de doble terraza: la que acabamos de citar, al otro lado de la calzada, y la que luego ha mantenido hasta su (momentáneo) cierre, bajo los soportales. Ese puerto de mar donde se sitúa la acción de



Fotografía: Juan Marín

Logroño imaginario, mesitas con vistas al océano de la humanidad desbordante de tipos curiosos a los que Logroño es tan caro.

Su longevidad pasmosa, rara en una ciudad tan adicta a la piqueta, también le ayudó a convertirse en brújula popular: como relata Eduardo Gómez, cronista logroñés y perito en bares, el Ibiza “*es uno de los establecimientos de hostelería más antiguos de Logroño*”, nacido hace más o menos 80 años. Ocupó desde su nacimiento los bajos de una casa proyectada en 1938 por el arquitecto logroñés Agapito del Valle para el promotor Fermín Sáenz Padilla, un céntrico enclave (el número 4 del Muro de la Mata) que completaba el bloque edificado en los terrenos que dejó libre el Seminario Conciliar y le permitía rivalizar con el resto de colegas de

Bar de bares, en el Ibiza cristalizó la amplia panoplia de locales de que ya disponía la ciudad, sobre todo los de su tipología: esa clase de bar a la americana que en España adoptó también el formato de los cafés de toda la vida



aquella España en blanco y negro. Gómez cita, entre otros, el Comercio, el Continental, el Brillante, el Correos, “*que después se convirtió en el Aéreo Club*”, y el Danubio, bares que fueron desapareciendo porque el progreso, ya se sabe, “*tiene cosas que la razón no entiende*”, como nos advertía el bolero. El autor añade por su parte otro de aquellos bares fundacionales para la imagen que el corazón de Logroño ofrecía en los años 60: el Ringo, garito también difunto.

A medida que todos ellos fueron despidiéndose, el Ibiza los vampirizó: canibalizó su espíritu y adquirió por lo tanto una aureola de eternidad que el tiempo (valga la paradoja) se ha encargado de erradicar. No, el Ibiza ya no existe: es un fantasma que anuncia su enésima resurrección. Pero sí existe desde luego su memoria: cantera de los mejores camareros que luego distribuyeron su ingenio y sentido del oficio por otros bares logroñeses (y habrá que citar en consecuencia a Carmelo, Miguel Ángel, Castelló, Macanas, Langarica, Sergio, Luis, Amado, Natalio) fue también academia de camareras: en su barra trabajó durante un tiempo, como destaca la prodigiosa memoria de Eduardo Gómez, Inma, una de las primeras mujeres que desempeñó esa profesión en Logroño. Fueron los mejores años del Ibiza, bajo la égida de la inolvidable doña Julia, cuando pilotaban el bar los hermanos Pepe y

Cantera de los mejores camareros que luego distribuyeron su ingenio y sentido del oficio por otros bares logroñeses, fue también academia de camareras

Luis (éste desde la sala de máquinas, el primero a pie de barra) y disponían del aliciente de ofrecer números musicales ahora en trance de ser recuperados, de modo que al bar a la americana y al café de siempre les nació un hermano pequeño en formato de *music hall*, adaptado al universo cañí y jotero: los primeros gorgoritos de Pepe Blanco rebotaron contra estos muros hoy clausurados.





Fotografía: Justo Rodríguez

Su longevidad pasmosa, rara en una ciudad tan adicta a la piqueta, también le ayudó a convertirse en brújula popular

Pasear ahora ante de su puerta vetada, observar a través de los ventanales el arrumbado mobiliario pidiendo esa otra oportunidad que le acaba de ser concedida. Reparar en el viejo rótulo del teléfono, alumbrado allá cuando semejante aviso tenía sentido, y recordar los memorables ratos pasados en su terraza, sentado sobre las rodillas paternas, en compañía del amigo Paco, que oficiaba de peluquero en el piso de arriba, y su maravillosa prole. Rescatar el tiempo en que las tertulias parecían intermi-

nables, los días se estiraban hacia el infinito (y más allá) y el falsamente eterno Ibiza se ofrecía como un puerto de mar donde las almas vagabundas atracaban de noche o veían amanecer no solo es un ejercicio de nostalgia... Se trata de una liturgia obligatoria, una maniobra de resurrección: si uno se asoma al improbable sol del ficticio verano con sus gafas de broma, desde su propia imaginación todavía puede pensar que otro Logroño es posible.



Fotografía: Juan Martín